

A full-length portrait of Manuel Belgrano in a military uniform. He is standing, leaning on a dark wooden chair with his left hand. He wears a dark blue jacket with a red front panel and gold epaulettes, a light blue sash, and white breeches. He holds a sword in his right hand. The background is a simple room with a framed picture on the wall.

EL ENIGMA BELGRANO

Un héroe para
nuestro tiempo

Tulio Halperin Donghi

Tulio Halperin Donghi

Nació en Buenos Aires en 1926. Estudió en la Universidad de Buenos Aires, donde obtuvo sus doctorados en Historia y en Derecho, y siguió cursos en la Universidad de Turín y en la École Pratique des Hautes Études de París.

Entre 1955 y 1966 fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Litoral, de la que también fue decano. Desde 1966 fue profesor en la Universidad de Oxford, y desde 1972 enseña en la Universidad de California, Berkeley. Ha sido profesor invitado en las más importantes universidades del mundo. Desde 1984 enseña habitualmente en la Universidad de Buenos Aires y en otras universidades de la Argentina y participa activamente en su vida académica. Es Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Luján (1992) y de la Universidad Nacional de Córdoba (1993).

Si bien nuestra historia patria está jalonada por “enigmas clásicos”, como el que representa Juan Manuel de Rosas en el *Facundo* de Sarmiento o el que encarna San Martín en la célebre entrevista que mantuvo con Bolívar en Guayaquil, el que se plantea en esta oportunidad es novedoso por varios motivos. En primer lugar, por el íntimo vínculo trazado entre la historia del personaje, el destino que le asignó la memoria colectiva argentina y las inquietudes que impulsaron al autor a encarar –luego de más de tres décadas de habérselo propuesto– la trayectoria de quien fue inmortalizado como el creador de la bandera nacional. En segundo lugar, por las dimensiones que Halperin escoge para explorarlo: la dinámica interna de su familia, el papel y las expectativas que sus padres depositaron en él y el modo en que ese hijo internalizó, actuó y mantuvo vivo el mandato parental ocupa un sitio central en esta obra. En tercer lugar, por la forma en que organiza la trama para descifrar finalmente el enigma Belgrano. Puesto que no se trata de una biografía, el autor selecciona sólo algunos momentos de la vida de Manuel Belgrano y los entrelaza gracias a un meticuloso análisis de fuentes y testimonios en que dialogan diversas memorias y voces. Así, no deberá sorprender al lector que la voz del protagonista aparezca tardíamente en el texto, anticipada por fragmentos de la imagen que de él nos transmitió el general José María Paz en sus *Memorias* y de la que luego consagró Bartolomé Mitre en *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Tampoco debe sorprender que en este universo familiar esa voz se haga esperar para sumarse a una fascinante

red epistolar en que sólo después de que tomase la palabra su hermano mayor, con misivas que lo ponen en diálogo con sus padres y otros interlocutores, aparece en 1790 la de Manuel, ya trasladado a España para seguir sus estudios en Leyes. Y si no debe causar sorpresa que Halperin saque a luz los lazos entre memorias construidas *ex post* y testimonios contemporáneos a los episodios narrados, ni que realice un largo rodeo por el entorno familiar del personaje, es porque allí comienza a desplegarse la clave del enigma que, como afirma el autor, “debemos buscarla en el mismo Belgrano”.

Es un Belgrano que a lo largo de su vertiginosa carrera, iniciada al servicio de la Corona y proseguida al servicio de la revolución, se dejó muy fácilmente llevar por ilusiones que a muy corto andar se revelaron imposibles. Aquí, los dos valores del término “ilusión” –como afán de convertir un deseo en realidad y como tendencia a proyectar cursos de acción reñidos con la realidad misma– reflejan muy bien los avatares de la trayectoria vital que presenta el texto. El catálogo de decepciones que supo exponer Belgrano en su *Autobiografía* –escrita en 1814, cuando su carrera no pasaba por el mejor momento– es retomado por Halperin para destacar que allí se exhibe un doble –y penoso– descubrimiento, “que el mundo es muy distinto e infinitamente peor de lo que él había imaginado” y, sobre todo, “que él mismo, Manuel Belgrano, carece de la competencia necesaria para desempeñar con éxito el papel que había escogido para sí en la epopeya revolucionaria”.

En ese inventario de frustraciones en que es pródiga la memoria autobiográfica de Manuel Belgrano, desfilan las experiencias vividas mientras ocupaba distintas y muy estimables posiciones: como secretario del flamante Consulado de Comercio de Buenos Aires instalado en 1794; como aspirante a letrado empapado de las ideas reformistas e ilustradas, autor de las Memorias anuales presentadas en el cuerpo consular, colaborador en el *Telégrafo Mercantil* y el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, y redactor del *Correo de Comercio*; como capitán de las milicias urbanas de Buenos Aires durante las

invasiones inglesas; como líder del grupo criollo que en 1808, al producirse la vacancia real con la invasión napoleónica, apoyó calurosamente la alternativa de coronar como regente de América a la hermana del rey cautivo, Carlota Joaquina de Borbón; como miembro de la Primera Junta Provisional de Gobierno formada el 25 de mayo de 1810; como general en jefe de los ejércitos revolucionarios en los distintos destinos de la geografía virreinal a los que fue asignado (Paraguay, Banda Oriental y Ejército del Norte).

Y, por supuesto, ese relato que, como toda autobiografía, padece de los espejismos de quien evoca en primera persona un pasado reciente a la luz de un presente –en este caso, sombrío– que motiva su escritura, no podría incluir el itinerario posterior de su autor. La totalidad de ese itinerario –que más tarde vio a Belgrano como agente diplomático en Europa entre 1814 y 1815, defensor de una monarquía incaica mientras sesionaba en Tucumán el Congreso que declaró la independencia en 1816, encargado nuevamente del Ejército del Norte y, en tal condición, convocado para intervenir en las disputas que enfrentaron al Directorio con las fuerzas federales del litoral– revela las vicisitudes de quien cruzó los estertores del régimen colonial para lanzarse al “torbellino revolucionario”.

En ese cruce entre dos épocas de tantos contrastes y variaciones en la vida del prócer es posible, sin embargo, encontrar un patrón común sobre el que Halperin llama la atención al advertir que en la citada *Autobiografía* se acumulan y alternan momentos de euforia y de frustraciones durante los veinticinco años reseñados. ¿Qué razones explican esa tendencia a pasar tan rápidamente de la ilusión a la decepción? ¿Cuál es la clave que puede volver inteligible esa carrera signada por luces y sombras? La que busca explorar Halperin en este ensayo es, como anuncié al comienzo, la familia.

No voy a extenderme en este punto central de la obra que ahora prologo: allí reside, precisamente, una de las pistas fundamentales para acceder a la clave del enigma Belgrano que me propuse no anticipar. Note el lector, sin embargo, que si

a primera vista la descripción que se hace de la familia Belgrano parece acercarse mucho a las estructuras de las más encumbradas familias de las elites comerciantes rioplatenses tardocoloniales de origen hispano (un enlace matrimonial conveniente, una autoridad ejercida por el *paterfamilias* que dejaba a la esposa y madre un papel también relevante; una cuidadosa ubicación de las hijas mujeres en matrimonios ventajosos; una asignación y distribución de roles y carreras a los hijos varones conforme a la costumbre de destinar el primogénito a la carrera eclesiástica), rápidamente el autor se encarga de destacar las diferencias.

La Casa Belgrano Peri es diferente, en primer lugar, por su origen genovés. Si bien la expansión comercial y los vínculos privilegiados que los mercaderes genoveses supieron trabar con la Península Ibérica y el comercio de Indias se habían visto seriamente trastocados –especialmente después de la Guerra de Sucesión española a comienzos del siglo XVIII, que los marginó del comercio atlántico a favor de los competidores ingleses y franceses–, esos mismos comerciantes pudieron adaptarse a las nuevas condiciones internacionales y mantener fuertes lazos con la monarquía católica y sus dominios. A tal adaptación contribuyeron la política de neutralidad que sostuvo Génova y el modelo de iniciativa mercantil ligur. Construido a lo largo de los siglos precedentes, ese modelo conservó el tradicional carácter de pequeñas compañías familiares con gran capacidad de penetración en los negocios marítimos transatlánticos. Sus comerciantes buscaban insertarse en los lugares de destino a través de estrategias matrimoniales con familias locales de linaje para luego distribuir a sus parientes en los puertos y lugares donde gravitaban los intereses de sus casas comerciales.²

En el marco de estas transformaciones –y de otras más estructurales que trajo consigo el siglo XVIII, cuando el espacio atlántico fue ligándose a los conflictos bélicos europeos y sus rutas comerciales tradicionales experimentaron profundos cambios–, Domenico Belgrano Peri, padre de Manuel, arribó a

Buenos Aires tras abandonar su ciudad natal –Oneglia– y pasar algunos años en España. En su nuevo lugar de residencia, las actividades mercantiles desarrolladas por quien para ese entonces había traducido su nombre al español –adoptando el de Domingo Belgrano Pérez– no diferían de las que llevaron adelante otros grandes comerciantes porteños. Como demostró Jorge Gelman, la extensión geográfica de esas actividades era la mayor posible (ya que se vinculaba con España, Inglaterra, Francia, Brasil, Perú, y con todas las regiones importantes del virreinato rioplatense), y los productos que comerciaba, muy variados (los llamados “efectos de Castilla”, esclavos y productos de la tierra). Si bien la familia registró otras actividades, como el otorgamiento de préstamos, la inversión en propiedades urbanas o la producción en chacras y estancias ganaderas, la principal siguió siendo el comercio a gran escala, cuyo carácter especulativo y de alto riesgo –según destaca Gelman– proveía a sus beneficiarios de grandes ganancias.³

Pero si para Halperin la familia Belgrano es diferente, no lo es solamente por ser una de las más ricas de Buenos Aires, ni por comportarse como una familia-empresa que busca extender sus redes mercantiles en diversas y alejadas geografías para garantizar la concentración del patrimonio en el presente y el futuro, ni por constituir la Casa –un concepto que alude a la interacción entre gobierno doméstico y orden político y social en el Antiguo Régimen– la base de una pluralidad de relaciones familiares, profesionales, de amistad, de interés o de clientelismo. Para el autor es diferente porque ese origen ligur, que implica seguir el modelo de iniciativa mercantil ya señalado, confirma en la dinámica interna familiar la persistencia de tradiciones tardomedievales que la distinguen del modelo patriarcal dominante en las elites hispanoamericanas. Esta distinción, marcada por el “papel menos central” que en esa familia desempeñaron “las relaciones de autoridad y obediencia”, Halperin la despliega e ilustra con coloridos episodios e intercambios epistolares producidos dentro de la Casa Belgrano o que impactaron en ella.

A partir de este peculiar *modus operandi* familiar –o *art de faire*, como también lo llama el autor, empleando una fórmula de Michel de Certeau–, se hilvana una trama en la que el personaje central se verá constantemente tensionado entre la libertad de elegir y trocar su rumbo según sus preferencias personales y el mandato de armonizar tales apetencias con el interés de la familia; entre las enormes expectativas depositadas en él por sus padres y su capacidad para satisfacerlas; entre la confianza y seguridad que le provee ese entorno surcado por cuidados y privilegios y la hostilidad de un mundo más complejo que el imaginado. Estas tensiones se exhiben en todos y cada uno de los cambiantes proyectos en que se embarcó Manuel durante los turbulentos tiempos que le tocó vivir. Desde sus veleidades ilustradas y reformistas, alimentadas por las lecturas y el clima de época que experimentó durante su estancia en España, pasando por sus esfuerzos en lograr los favores de la Corte de Carlos IV para alcanzar un puesto de privilegio en la burocracia colonial, hasta su rápido ingreso en la carrera de la revolución en posiciones siempre encumbradas y para muchas de las cuales no había sido especialmente preparado (en primer lugar, las que lo ubicaron en los altos mandos militares), se vuelve más nítida una trayectoria que oscila entre la convicción de consumir cada uno de los proyectos encarados y el desengaño producido por las desmedidas expectativas a propósito de ellos (y de su propio talento para llevarlos a cabo con éxito).

Sobre estas oscilaciones Halperin construye un fascinante y agudo relato que da a conocer los resortes más íntimos de la personalidad de quien fue luego consagrado como Prócer de la Patria; resortes inscriptos siempre en esa trama familiar que el autor recupera una y otra vez. Y si aquí reside una parte de la clave que permite develar el enigma Belgrano, la otra se define al final, cuando el orden argumental regresa a las imágenes construidas por testigos e historiadores. En ese regreso se cierra el arco trazado entre la especial atención prestada en las primeras páginas a las *Memorias* del general Paz y la más

breve referencia a Mitre y la forma en que ambos contribuyeron a plasmar –aunque en versiones y con finalidades diferentes– esa imagen que pervive aun hoy en la memoria colectiva de los argentinos. Allí el lector, luego de experimentar el sabor del suspenso, podrá entender las razones que explican el lugar de excepción que, a pesar de todas sus “fallas”, ocupa Belgrano en el Panteón nacional y, por supuesto, podrá con satisfacción descifrar su enigma.

Entre los personajes venerados como Padres de la Patria, Manuel Belgrano es el único que nunca ha sido cuestionado. Como creador de la bandera, como símbolo de virtudes cívicas y de renuncia a los honores, ocupa un verdadero lugar de excepción. ¿Cómo explicar esa admiración unánime, cuando al mismo tiempo se admiten y se disculpan sus imperfecciones y sus calamitosas derrotas? ¿Qué hay detrás de ese consenso que desde hace un siglo y medio celebra a un héroe atravesado por innegables luces y sombras? Tulio Halperin Donghi encuentra en estos interrogantes un enigma, y para rastrear las claves que permitan descifrarlo ha escrito un ensayo fascinante.

Leyendo a contrapelo del mito los textos del propio Belgrano, los relatos fundacionales de Bartolomé Mitre y José María Paz, y sobre todo el riquísimo intercambio epistolar entre los miembros de la familia Belgrano, se detiene en los momentos más significativos de la vida del prócer. En el funcionario de la monarquía católica que propone construir chimeneas hogareñas con materiales inaccesibles para la época, o que intenta regular la plaza comercial porteña sin atender a las consecuencias prácticas de sus ideas; en el militar revolucionario que ordena a los soldados del regimiento de Patricios cortarse las trenzas y provoca un motín con desenlace sangriento; en el principista que diseña para las escuelas primarias un estatuto con un detalle excesivo y poco coherente de castigos y penas, descubre a un Belgrano que tiene enormes dificultades para conciliar sus aspiraciones con los datos de una realidad más compleja que la imaginada, un Belgrano que comete errores y los atribuye una y otra vez a la injusticia o la estupidez del mundo.

Tulio Halperin Donghi muestra a un personaje desconocido hasta ahora, dramáticamente tensionado entre las esperanzas depositadas en él, sus propias intenciones y su capacidad para satisfacerlas. Sobre estas oscilaciones construye un relato agudo y atrapante, que expone los resortes más íntimos de la personalidad de Belgrano al tiempo que lo aparta del lugar de héroe indiscutido.